

GYRANO

Nro. 4



Salá de
AUTORES ANTIOQUEÑO
Biblioteca General
U. de A.

DIRECTOR:
En. MONTOYA-GAVIRIA

CYRANO

APARECE
—LOS DOMINGOS—

REVISTA SEMANAL

Serie I

Medellín, Septiembre 25 de 1921

Número 4

DE EFE GOMEZ

Croniquillas

Especial para CYRANO

Cuanto más que para mí tengo—continuó Sancho—que ese héroe que V. M. llama estaba loco de atar. Tanto o más que V. M.—salvo el respeto—lo estuvo el día malhadado en que cayó, a todo el correr de Rocinante, sobre las aspas de un molino de viento en las banderías de Castilla. ¿Recuerda V. M. la revolcada madre que atrapó ese día? Pues mayor, si cabe la de ser la que Colombia atrape si su locura la lleva un día a estrellarse contra ese molino de viento que llaman la Unión Americana. Pero afortunadamente ese peligro no existe. Lo que yo oigo decir a diario en esta tierra de héroes, en tertulias, en ferias, en paseos y hasta en Asambleas y Congresos es que ojalá los Yanquis se acordaran... que mejor se estaría como lo está actualmente Panamá que siquiera ya empieza a transitar por los senderos de la civilización, y no....

—Panamá!—Contestó don Quijote—pobre víctima de la codicia estúpida de unos pocos mercenarios! En el hogar patriarcal—y va de cuento, que yo también sé urdirlos cuando el caso llega—oh Sancho bueno—en el hogar patriarcal—digo—de una limpia familia de este valle de Medellín, vivían, más que como esclavos, como personas de la familia dos negros jóvenes y hermosos. Compráralos en un viaje que hizo a Cartagena de Indias el primogénito de la casa al capitán de un buque negrero, para traerlos como imperial regalo a su madre y señora en el día de su santo. Pagó por ellos precio altísimo. Que se trataba de dos prodigios verdaderos. De las gentes de su raza, no tenían esos negros sino el color de la piel: sus cuerpos eran prodigios de armonía; semejaban—yo los vi—dos adolescentes de familias patricias de Atenas o de Tebas que hubiesen pintado de negro sus cuerpos milagrosos. Esos cuerpos que el gimnasio, el remo, y la carrera modelaban en la Helade divina, y enamorados de los cuales bajaban del Olimpo Venus, Apolo y Jove mismo

y a mezclar en amoroso éxtasis su sangre eterna con la mortal de los hijos de los hombres. Alternaba Belkis—pusérale éste como nombre de pila un eclesiástico de la casa, su padrino—con las jóvenes sus amas, bíblicas y pudibundas hermosuras, en las domésticas faenas. Hacían resonar la selva con el bramar de sus jaurías; turbaban las tranquilas calles de las entonces dormidas aldehuelas del Valle colonial con sus bullentes cabalgatas; punteaban sus bandurrias bajo las rejas de las beldades campesinas en las noches argentadas o se batían a piedra y a garrote limpio en los combates que las rivalidades de una aldea con otra suscitaban, los jóvenes amos, loboznos tumultuosos, acompañados siempre del negro Tamar aguil y fuerte y temerario, gamo y centauro y león a un tiempo mismo.

Hallábase esa tarde en el prado, que daba frente a la casa, toda la familia reunida. Ocupábanse los jóvenes en descuartizar un venado, cuyas vísceras izadas en alto eran ofrecidas a los perros. Los cuales daban tremendos saltos verticales, en pos de la presa que huía siempre—llevada cada vez más alta por la mano misma que la ofrecía—de sus bocas que relamidas por las lenguas rojas, se abrían, se cerraban, aullaban y gemían hambrientas. Hacían labor las damas sobre tapices extendidos en el césped, a la sombra de naranjos, en cuyas copas verdinegras ostentábase la gama toda que se extiende desde los blancos azahares en cuyo torno zumban las abejas, hasta las naranjas que chorreando están sabroso zumo por los desgarrones que en sus cortezas de oro han hecho los picotazos de los turpiales y chamones. Improvisó abrióse la cancella que del prado en que se hallaban da salida al camino, y con señales claras de venir desde muy lejos, fue entrándose por ella procesión extraña. Componíala hasta una docena de negros jamás antes vistos en el

pacífico y remoto Valle. Traían los unos las cabezas envueltas en turbantes y los cuerpos en blancos alquiceles; de fez y rojas túnicas los otros, protegidos todos ellos con quitasoles de tonos vivísimos, rojos, verdes, amarillos. Detuvieronse un instante, pasada la cancilla, y luego en formación estricta fueron avanzando con silencio y compostura maravillosos. Reinó en el corral recogimiento atisimo. Los azulejos y turpiales que en los racimos picaban los bananos más maduros, alzaron las cabezas y, quietos, se pusieron a mirarlos; dió un grito el gallo vigilante, enhiestó el cuello, alzó una pata y se quedó mirándolos; el pisco que comenzaba en ese instante a inflarse, paró en seco, y, la cara congestionada, mirólos admirándose de que llegara una hora en la vida del universo en que sucediera algo más importante que sus pomposos pinchamientos de buen mozo fauto; salió Brígida la cocinera al portalón de la casona, raspando una arepa; José, el negro que cuidaba los caballos plantóse en la puerta de la pesebrera con el machete y una caña a medio pelar; las vacas que pastaban alzaron las cabezas mirándolos con sus ojos candorosos de colegiales; asomóse el burro por encima de la talanquera; los puercos dejaron de osar alzando a ellos las retráctiles trompas enlodadas; coronáronse las tapias, los cercos, los árboles que rodeaban el corral de racimos de curiosos que los venían siguiendo por caminos y dehesas. Alzáronse las damas azoradas y buscaron el arriño de los hombres formando a estos unidas un grupo frente por frente al grupo de los negros. Destacóse entonces de entre estos uno que parecía ser el jefe; detúvose en frente al negro Tamar y, las manos cruzadas sobre el pecho, se inclinó profundamente hasta por tres veces; arrojóse luego al suelo de bruce, abiertas las manos con los pulgares enlazados, las palmas asentadas en el suelo, en el polvo la mejilla en señal de adoración. Díjole Tamar entonces, no sé qué en un lenguaje extraño. Levantóse el negro, e inclinado siempre, dedicó a Tamar arenga larga, terminada la cual—luego de entregarle un pergamino que del seno extrajo—fuese a sus hombres que continuaban silenciosos y en formación correcta y que lo acogieron alzando en alto todos a un tiempo, y hasta por tres veces, el brazo derecho, prorrumpiendo cada vez en grito extraño. Avanzó Tamar a ellos y, enérgico, recitóles breve arenga, tras la cual callados como entraron, tomaron la vuelta. Chirrió de nuevo la cancilla y fuérouse perdiendo poco a poco en las revueltas del sendero.

A poco, reunidos todos en un salón de

la casona, contábaseles Tamar cómo él y Belkis eran los hijos príncipeños de un rey poderoso, que por una traición en donde se mezclaron los celos, el oro y la venganza, fueron vendidos por una de las esposas de su padre—quien guerreaba a esta sazón con un rey su vecino—a unos tratantes en esclavos. Pero luego, muerto el rey su padre, e informados sus ministros por el negro mismo que los trajo a Cartagena, de su destino y paradero, despachado habían la Misión que se presentara esa tarde—que lo era de Grandes del Reino—encargada de conducirlos al trono y a la Patria, luego de pagar a sus actuales amos el rescate que por ellos exigieran.

Era en plenilunio, Diana casta en mitad de la comba de los cielos miró un instante temblar su imagen pálida en las aguas dormidas del Gran Río. Un fugaz temblor de miedo estremecióla: en el seno de esas ondas en donde su imagen palpitaba, vio agitarse enjambre de negros cocodrilos, y en los patamares de la orilla, brillar ojos en asombro, ondear pieles manchadas y lastrosos de tigres en acecho. Sonrió luego de pensar cuán distante estaba de todo ese horror, y cuán segura, en su frío rincón del firmamento, y cuán medrosa habíala tornado la vejez y los pesares. Y vino a su memoria el recuerdo de su juventud divina cuando corría los bosques sagrados de la Grecia, la túnica al muslo, la sandalia al pie ceñida, al aire el seno duro en pos de los tímidos venados. Ah la juventud! Hoy comida del reuma y de la anemia, celeste ruina, apenas si alcanza a interesar a histéricos poetas. Y no osaría, no, ni riesgo! afrontar las fatigas de la caza, y mucho menos aún en estas selvas tórridas llenas de fieras, de calor, de paludismo... pero tan bellas! Y dió a la soledad una ojeada cariñosa. ¡El hermoso Continente, vedado por tantos siglos a la rapacidad de las razas de Europa. Cómo tiembla y palpita la red infinita de sus ríos, herida por mis rayos argentados! Hermoso suelo en donde aún la soledad prevalece sobre el hombre, esa enfermedad que transforma las florestas en áridos y repulsivos hormigueros. Por fortuna los indios indolentes serán incapaces de nada de eso para siempre: el amor y el sol llenan sus vidas. Felices ellas no tocadas aún por la civilización que afea el mundo y emponzoña la existencia de esos pobres gusanos de un instante. Pero ya vendrán para esta América hoy feliz, días de luto: cuando los ojzarcos nortños paseen su hipócrita justicia y su puritanismo nauseabundo por estas tierras de sol y de moicic... Entretanto, gozad de ellos, muelles indios y alegre gente ibera... Y su

ojos buscaron un rincón bello entre todos: el vallecito que riega el Aburrá; y sus miradas fueron resbalando hasta dar con la casona roja y grande que se alza entre naranjos. Tocó con su luz blanca sus puertas una a una... todas cerradas. Pero qué esto? dijo de pronto. La puerta de la estancia que adornado han con trofeos de caza está, aun abierta y aun vaga por ellas, Tamar, mi Endimión negro. Y llora. Védo cómo abraza a su Almanzor el perro favorito y riega la grave cabeza del can con sus lágrimas ardientes. No partirás, no, a tu patria oh pobre negro. No naciste para rey: no eres un magnánimo, no tienes el alma sombría, adusta, ingrata de los reyes. Tu alma es dulce y tímida como la de esos labriegos que rozan y siembran y se sientan luego taciturnos a esperar que el maíz espigue y derrame sus mazorcas en las cimas frías e ingratas de las montañas antioqueñas.

Al siguiente día despertó Tamar, el sol le calentó. Esperábalo hacia rato el enviado a él por los negros desde su tolda, a saber su resolución una vez según la tarde anterior lo convinieran.

—Diles—dijo al enviado—que se vuelvan solos. Que yo me quedo. Que no voy. Que prefiero ser esclavo de blancos a ser rey de negros.

¡Ay! ¡Eso, eso dijo!—continuó don Quijote.—Y eso mismo es lo que ha dicho Panamá el día de su destino lamentable:

Quiero ser—ha dicho—más bien esclava de blancos que reina y señora de mis derechos. ¡Y ya empieza a conocer lo que eso significa!

Ayer mismo he visto—continuó diciendo don Quijote—he visto y he reconocido en las calles de esta villa mendigos, rateros, alcahutes...sumidos en las más hondas simas de la abyección y la vergüenza, descendientes en línea directa sin sospechar ellos siquiera, del príncipe Tamar, de ese negro menguado que enajenó lo inalienable a trueque de las migajas de la mesa de los amos. Y mañana se verán—lo sé de cierto—en esa tierra, nefanda que enajenó su dignidad de nación libre, en la tierra de Balboa, en la Castilla de oro del Rey de las Españas, vagar por las Babilonias Yanquis del futuro, sirviendo de mozos de cordel, de alcahutes quizá a los vaqueros enriquecidos de Far Weste, sin que siquiera en su abyección lo sospechen ellos mismos, a los descendientes de los Arosemena, de los Herreiras, de los Obaldía, de todos esos varones que se codearon en los Congresos, en los claustros, en los campos del honor con sus pares los Pombos, los Neiras, los Mosqueras... con los varones consulares de Colombia la gloriosa.

Detúvose aquí un instante don Quijote. Y luego en voz vibrante:—Pero que oigo? (Y púsose a escuchar sabe, Dios qué rumores misteriosos, perceptibles solamente para superagudos oídos de Inmortales) ¿que oigo? Venezuela también patria del Héroe? Y Colombia, el solio suyo, pregonan también ser esclavos de blancos a ser los señores de sus hijos?...

Juro por mi espada—dijo descolgándola del muro—y por mi señora Dulcinea, norte de mi vida, que si tal cosa sucediere, arrancar he, las cenizas de Bolívar de esa tierra profanada y conducir las he a un rincón de tierra libre—sí es que en la extensión entera de mundo queda algo a que ese nombre pueda darse... o huiré con ellas al Nevado eterno, al centro mismo del Polo Boreal del Universo, en donde bajo la mirada inmóvil de *Polaris* alzareis mausoleo adamantino, en torno al cual montaremos la guardia yo, Vinato, Pelayo, Temistocles, el íntimo Pijao que cayó peleando atravezado por las lanzas españolas, Lautaro, Caupolican y Jesucristo!

REBELDIA

PARA PEPA MEJÍA

La rebeldía es santa

Nada que más contrista que la vista del hombre que lo acepta todo, que no discute y vive la vida por vivirla como si fuese un buey. De un tal no podrá esperarse una acción noble, un hecho generoso, nada, nada, porque su espíritu está enfermo.

La vida es luz, calor, movimiento.

Debemos ser inconformes; investigar, luchar; que toda nuestra vida sea una perpetua rebeldía; no nos entreguemos por cosas baladíes; seamos eternamente insumisos; para nosotros fué la frase de Almafuerde: «No te des por vencido ni aún vencido».

ARTURO JARAMILLO.



El Poema del Eterno Minuto

A Ciro Mendía, autor del poema «Vestamora».

—Siempre? siempre? preguntó ella toda anhelosa, en ansias de eternidad, aspirando con angustia inconsciente a retener los minutos fugaces que apenas nacidos se tornaban pavesas en la existencia.

—Siempre, nó..... Esa palabra no debemos pronunciarla, o al menos no quiero pronunciarla yo cuando se trata de las cosas más caras de mi alma, dijo él receloso, como retrocediendo ante un obstáculo.

—No te entiendo..... Entonces es que no me quieres,.... y en sus ojos hondos y grandes hubo el parpadeo de una lágrima, próxima a florecer.

—Si es por lo mismo que te adoro, que eres mía, que eres mi dicha, mi sensación, mi dulce muerte momentánea, por lo que no quiero engañarte, ni mentirte, dijo él exaltado, a cariciándola en mirar intenso de llamas y en velados acentos de pasión, ¿No ves que ese

siempre que dicen los enamorados es una mentira, una estafa del amor? El siempre y el eterno no existen en la vida. Y no pueden existir precisamente porque todo lo que vemos es un perpetuo renovarse. Ese cielo que hoy nos cobija no es el mismo de ayer, y este aire tibio y perfumado que ahora llena nuestros pulmones y nos enciende la sangre, es distinto del que hace una hora respirábamos.

Fíjate en esos claveles de púrpura que cogiste esta mañana y que adornan ese vaso de plata: son los mismos y son distintos; esta mañana estaban frescos, rientes, empapados de rocío, pregonando altivos la pujanza de su savia; ahora están bellos todavía, pero tienen cierto aspecto de gravedad, de próximo desmayo, del peso de minutos muertos

acurrucados en sus corolas, que los hacen como más pensativos y humanos. ¿Qué hubieras tú dicho si ellos esta mañana te hubiesen murmurado:

«Siempre seremos los mismos, el regocijo de tus ojos y de tu espíritu?» Te habrías sonreído escéptico o los habrías mirado con compasión. «Os engañáis, habrías les respondido: dentro de pocas horas, después de lucir y perfumar, estaréis marchitos y tristes y habrá que reemplazarlos por otros más vívidos.» Y nosotros, alma mía, no podemos sustraer-



nos a la gran ley universal del renovarse. Ni una sola partícula de nuestro cuerpo de niño conservamos, y piénsa en lo que era tu vida interna hace diez años y en lo que es al presente; aún más: piénsa en lo que sentías esta mañana y en lo que ahora sientes, en lo que fuiste y en lo que eres.

—Amor por tí sentía y el mismo siento. Tuya me levanté y tuya más que nunca soy

ahora.

—Sí, sí, amor inmenso como el mío por tí, pero distinto a cada segundo. Con inquietudes hace dos horas, con celos hace una hora, con rabia por la tardanza hace media hora, en la cumbre de la gloria, con angustia dichosa de todos mis nervios y mi sangre, cuando te vi entrar por esa puerta, emocionada y divina.... Y así todo; antes con sólo verte era feliz; después necesité, con imperiosa necesidad, oír tu voz a cada rato; más tarde me ha sido indispensable el beso supremo de tus labios...

—Y ¿no quieres que eternamente te sea indispensable? preguntó ella con dejo de melancolía.

—Que por este instante eternamente lo sea, lo quiero y lo pido con toda mi alma. Que por toda la vida, ni lo quiero ni lo pido, porque no lo será... Si lo fuera no habría vida, ni yo podría amarte ahora como te amo, ni lograríamos aspirar siquiera por un segundo a ser felices...

—Oh! pero tienes un modo tan raro de entender el amor.... que dan ganas de llorar.... Perdón, pero me pareces hasta un poco egoísta, un hombre amante sólo de la sensación fugaz.

—No, no lo creas, alma mía. Soy un hombre humano, nada más. Humano, ¿lo oyes? Amaso mis sueños con esencia de realidad. Detesto la mentira. Busco la vida allí donde está, hirviendo, deliciosa y arrolladora, pasando en turbión impetuoso por sobre los engaños, las filosofías, la moral minúscula de los hombres anémicos, y arrasándolo todo, todo, para quedar ella sola victoriosa, fecunda, magnánima... La vida.... Este momento en que te hablo con todos mis ardores es ella, y es ella de aquí a unas horas, cuando sienta la congoja de no verte y la tristeza de mis nervios y de mi espíritu de haberte amado con delirio...

—Tristeza, dices?

—Tristeza profunda y agobiadora... Nada es tan triste como el amor, y precisamente allí está su fuerza y atractivo... Si tuviera la seguridad siempre de esta hora, no sería tan dichoso como soy, porque no me dominaría la

vaga inquietud de perderte, que es lo que exalta mi dicha.... Pero hablemos de lo que te asusta: del minuto eterno. Para estar conformes con la existencia, sólo al instante fugitivo se le puede aplicar lo de siempre y eterno, y para que tenga derecho a esos dos términos, debemos conformar nuestra vida de modo que en un minuto concentre en sí toda una eternidad... Yo en este beso pongo en tus labios todos los vigores y pasiones de una raza desaparecida, toda el hambre de la humanidad por el amor, todas las ansias y ardores todos del nuevo sér que del amor ha surgir. ¿Para qué más? Mañana yo estaré viejo, cansado, sin aspiraciones. Mis dientes se habrán caído como también mis cabellos; mi voz no tendrá la resonancia fogosa que hoy tiene, y será como salida de un hueco profundo. Me habré vuelto enfisematoso y toseré mucho, mucho, de tal suerte que mis palabras a cada paso estarán entrecortadas por un jadear baboso, desconcertante. En mis ojos no habrá más brillo que el de una conjuntivitis senil.... Tú misma, vaso de armonías y de gracias, serás la pobre anciana estropeada por los días. Esa piel de maravilla será un pergamino arrugado; esos cabellos oscuros, olorosos a todo lo perfumado e íntimo, habránse tornado lacios y escasos; las curvas admirables y tibias de tu cuerpo convertiránse en odres flojos y bamboleantes...

—No, por Dios, no prosigas, no seas cruel, dijo ella tratando de atajar con la mano las frases amargas que de la boca de verdad se escapaban.

—No ves? Con sólo enunciar lo que será te aterras, y eso será... Por lo tanto no vale la pena de mentir. Vivamos ahora. Ya. Etericémonos en este instante. Amémonos por esta pequeñito *por siempre* que dura lo que una de esas nubecillas cambiantes que borronan el cielo.... Más tarde tendremos otros *por siempre* en concordancia con nuestra edad precaria y nuestras declinaciones inevitables.

ALFONSO CASTRO

Espectal para CYRANO.



Sol del Domingo.

Leyendo a Rubén Darío

*Caluroso sol del Domingo
suave y tierno.....
Sé bueno con los estudiantes,
Con los que vagan errantes
Por los caminos.....*

*Sé bueno con los peregrinos...
Con los que en las tortuosidades de los senderos
Tienen amargas noches y sinsabores...
Sé bueno con las abuelitas y con los bebés,
Sé blando para los viajeros,
Sé suave para los poetas
Y tierno para con los niños.*

*Luciente sol del Domingo:
Para con las niñas
Sé más coqueto, más galante
Sé más florido.....*

*Campesino sol del Domingo:
Calienta los chiriquitines
De las tristes aves que, por el frío,
Al son del cierzo pían.....pían.....
Para con los claveles y las azucenas,
Para con las violetas y los jazmines
Sé perturbado y brillante.....
Para con los blancos cisnes
Calienta más, arrulla más, contempla más.....*

*Caluroso sol del Domingo
Suave y tierno...
Sé bueno con los estudiantes...
Con los que vagan errantes por los caminos.
Sé blando para los viajeros,
Suave para los poetas
Y tierno para con los niños.*

Para CYRANO

J. EMILIO VÉLEZ

Manizales.

LITERARIAS

PAPA CYRANO

SIAO SIN

El maestro: Quién como Siao Sin! Tú mismo eres un eco de la admiración de las aldeas que se dominan desde la alta torre erguida en el ápice del gran monte. Y dices que Siao Sin adquirió ya vigor de siglos, y el perfil bronceo de las figuras históricas.

El discípulo: ¿Y tú maestro?

El maestro: El oro de Siao Sin ignora los cofres herméticos. El rubio trigo no ha colmado aún sus graneros, cuando empieza a fluir en amplia vena en la vasija de los miserables. El oro y el vino de Siao Sin tienen fiebre de prodigalidad. A él se le ama, a él se le bendice.

El discípulo: ¿Y tú maestro?

Pero Siao Sin, continúa el maestro, se queja de la ingratitude del anciano remendón, que niega la lisonja y calla ante la dádiva.

El discípulo: Luego.

El maestro: Luego Siao Sin ultraja la moral y traiciona la virtud en perjuicio de los hombres.

El discípulo: ¡Maestro!

El maestro: Porque quiere un rebaño uncido al carro de la gratitud, y conoce el número y aún los nombres de sus favorecidas!

EL DESEO

Bajo la umbría de los ceibos, ¡oh escondido y holgado tálamo! la fingía mi ardor, potentes los sentidos y ebrías de caricias mis ansias ya cebadas.

Madura estaba por el verano, y bermejeaban sus labios.

Y he aquí un ruido, como de ledo pie que se posa con temor y cariño. Es la hoja seca que cruje. ¿Por qué no sería ella, espándome?

Entrecábrese el cortinaje de las lozanas santamarías, como a impulso de manos entorpecidas por el miedo. Es un retozo del céfiro andarín. ¿Por qué

no sería ella, buscándome?

Ah! oíd la nota escapada del diapason de su risa contenida! No. Es el pio del ave, que con la caza feliz, endereza el vuelo hacia el próximo nido.

Pero este aliento de incitantes aromas ¿no es mensajero de su cuerpo en flor? Ay es el limonero que suspira.

Entonces yo, malhumorado exclamé: hoja, viento, pájaro y perfume: ¿hasta cuando os burlareis de mí? mal año haréis, cuitados

Ellos respondieron: más sabio fueses en tu corazón y menos tonto de cabeza, y no te quejarías. ¿Acaso ignoras que esta primavera nació en el surco de tus anhelos, y la mantiene viva y espléndida la savia de tu Deseo?

A ZULUAGA Y GUTIÉRREZ

"El Maestro de la juventud"



Vélez.

Dr. F. A. Uribe M.

FUGITIVAS

DETALLE

Una rosa roja: así traía la cara. Encogido el movimiento grácil, llegó tras de la puerta y miró maliciosa, risueña.

Luego, encorvando en línea divina (¿tú conoces cisnes?) la hipérbola de su cintura hasta alcanzar el ruedo con los dedos pulidos—visible apenas bajo la red sutil del guante—recogióse la falda de color de paja. Y con un mohín gracioso y casto, fue la llevando hacia arriba, hacia arriba.

¡Lo que se vió! Primero fue un ensanche tímido, pausado, que arrancaba un poco más alto del relieve chiquitín del tobillo y seguía ampliándose, en curva insensible, como temerosa, largo espacio, hasta llegar a una redondez triunfal y pura, que voluble, parecía desmayarse, y disminuía nuevamente para llegar a la rodilla redonda, de donde arrancaba la gloriosa conicidad del muslo, en cuyo nacimiento clareó la aurora rosa de la liga.

Entonces, a dos manos, pudorosa, creyéndose sola, amoldó a su carne, con una tracción suave, la media de seda que, importuna, habíase ido deslizando hacia abajo.

Y al darse el postrer toque de coquetaría, dejó ver la espuma galana y blanca de sus ropas ocultas.

Después, suelta la falda, recató el prodigio de su escultura; surgió de su escondite y siguió calle arriba, rítmica, cimbreante.

INSTINTIVAMENTE....

Una escoba fuera de uso y con apenas medio cabo, metida en un trapajo, es su bebé. ¡Y con qué blandura lo mece en sus bracitos descarnados! ¡Y con cuánto amor lo aprieta, arrullándolo, contra su pecho sin relieves!

Po que Pastora amaneció con el capricho de ser una «mujer grande». Y tiene la falda ¡tan remendada! de su mamá

hecha un rollo en la cinturilla para que el ancho ruedo le llegue apenas a los pies.

Pepito, el hijo de la señora, pas a burlón:

—Tan boba: dizque creyendo que tiene un hijo....

E irguiendo la hermosa cabeza de oro crespo, se queda mirándola hacia abajo, hacia abajo.....

Entonces Pastora, alzando hasta él aquellos ojazos tan negros y tan grandes que Dios le diera, donde tiemblan dos lágrimas acres de humillación, se queda pensativa, grave, sin acordarse de su divino disfraz:

—Eh....de veras que yo lo que iba a hacer era a barrier.....

JOSÉ VELILLO

El día del Estudiante

Con el entusiasmo que la juventud sabe poner en sus empresas, celebraron los estudiantes de Medellín su día clásico, el 21 del mes corrido.

Manifestaciones a profesores distinguidos, exponentes genuinos de la Ciencia y ancianos venerables a quienes la juventud debe los nobles y generosos esfuerzos que por ella realizaron, y a cuya obra de perfección intelectual dedicaron amorosamente los días de su meritoria vida.

Actos de cultura y de civismo que templan el espíritu y hacen concebir bellos ideales de amor y de ciencia; y para que en el día clásico no faltase la virtud reconfortante de la alegría, manos primorosas prepararon en la noche una hermosa fiesta que supieron lucir y realzar con la magnificencia que sólo ellas obtienen en sus nobles esfuerzos. Las damas gentiles y virtuosas ponen siempre su contingente valioso en toda causa justa, y saben infundir sentimientos generosos en los corazones juveniles. Adorémoslas.

Los estudiantes triunfan: en las campañas que con el entusiasmo y la fe de

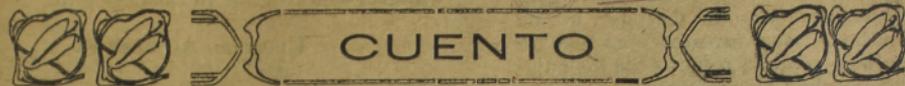
convencidos emprenden por el prestigio de su nombre y por la Virtud, esencia del bien—obrar, está con ellos la Justicia y el Derecho les protege. Por la unión que ellos se esfuerzan presurosos en afianzar, constituyen una fuerza que obra, que crea, que evoluciona hacia la perfección. Y el desinterés conque laboran, la buena

fe en que se inspiran sus actos y la convicción que los lleva al triunfo en sus ideales, son sus armas victoriosas.

El notable éxito obtenido por ellos en sus iniciaciones, es promesa de renovación y de progreso social.

G. E. C.

PARA CYRANO



PRO TEMPORE

Blanquea la pobre y limpia casita pajiza en un repliegue de la cordillera, amorosamente por el sol besada. Danle grata sombra y suavísimo perfume cafetos, naranjas y limoneros en flor; y música las aves, el hilillo de agua cristalina que cuchicheando viene del bosque y el viento que frufuteando enrédase en las hojas del maizal, muy tierno aún. En el techo las palomas amorosas se peinan, el plumaje; tras la cocina gruñe el cerdo; las gallinas tiradas de costado, se dan su baño de arena; en el patio el esquelético perro papa moscas. Y en el corredor ña Rita y su hija Tránsito en medio a aquella regalada paz que parece bajar del cielo en onda suave, repasan sus pobres y limpias ropas, minuciosamente y silenciosas.

A sus preocupaciones de madre tiene aquella aferrado su pensar, y ésta, nueva Penélope, teje y desteje en su cerebro una tela purísima de ensueño.

Y mal podía hacer otra cosa. En ese surgir poderoso de su nubilidad, que la ha dejado sorprendida y presa de hondos anhelos y agrídulces zozobras, ella siente que emana de sí misma y de todo cuanto la rodea, embriagándole e hiperestesiándole todos los sentidos, algo indefinible que a poderlo expresar, ella diría ser una como gratísima violencia, uno como llamar afanoso a la vida, de todo lo que está en los gérmenes latente, aguardando el beso cálido y fecundo,

Esto unido a las promesas que Luis Gómez, su novio, vecino, mozo de pelo en pecho, vigoroso y trabajador, le había hecho de casarse con ella tan pronto como «cojera la rocita», ya que la casa estaba lista—en ese instante la ve ella, de placer estremecida, allá al frente en una explanadita—y era por sí sola motivo poderoso a mantenerla en placentero arrobó.

Y como si esto no bastara, el recuerdo de la escena de la fuente, que no la abandonaba, contribuía a mantenerla más y más ensimismada.

Ah, qué bien la recordaba y cómo érale grato revivirla una y otra y otra vez.

El agua se «había ido» y Tránsito fue a «echarla». En la toma se encontró a Luis, que hacía lo mismo, pues ambas casas se servían de la misma fuente. Pusiéronse a charlar con toda la confianza y despreocupación de sus almas enfermas: ella sin falsos pudores, él sin pueriles jactancias de tenorio.

Mas de súbito, sin que ellos se hubiesen percatado de que la tormenta estaba próxima, el chubasco desatóse furioso. Y hubieron de guarecerse bajo un árbol frondoso que por allí cerca había. Muy juntitos, las manos enlazadas, Tránsito oía el borbotar tumultuoso de las cálidas palabras de su novio y sentía crepitar todo su ser al empuje de la onda irruptora de una nueva vida que dejaba toda la anterior en esa como penumbra de recuerdo

de cosa muy lejana.

Y sucedió que al golpe del vendaval, del árbol desprendióse y vino a tierra un nido con pichones. Y como hablaban de un nido, y como con un nido ensoñaban y como en ese nido tendría que haber pichones, ambos, guiados por un mismo presentimiento, enternecidos y solícitos, avalanzáronse a salvar a los náufragos. Y fue entonces cuando diéronse, no de boca a boca, que arrestos para ello no tenían, sino sobre la pelucita de los pájaros que besaban alternativamente, su primero y su más casto beso de amor.

Y fueron estos mismos pajaritos, prisioneros ya en una jaula—que el hombre hasta por el amor se hace tirano cruel—los que en esa mañanita del ensueño de Tránsito sacáronla de su ensimismamiento, piando y aleteando asustados.

Mirólos y al mirarlos percatóse de que se le había nublado el horizonte.

Dios mío, va a llover. Como no sea granizo! Porque se requema la sementera y entonces...

Allá en el fastigio de la cordillera la lluvia cabalga en nube plumiza, lenta, pesada, amenazadora. Un viento precursor vuela por los campos. Y la vegetación y los ganados y las aves todo parece inclinarse en actitud expectante y temerosa. Y caen las primeras gotas. Gotas? Nó, que son granizos.

—Granizo, madre, granizo, granizo! Qué hacemos? Maldita sea mi suerte!

Y la madre santiguándose, al tiempo que un latigazo de fuego azota el espacio y se oye el rimbombo horribísimo del trueno:

—Ave María purísima! Santa Bárbara bendita! Ve Tránsito, que Dios te castiga. ¿Y a vos quien te ha enseñao a blasfemar, a decir palabras?

—Madre, es que la lluvia... la lluvia...

—Qué?

—... Se lleva los nidos.

—Y a vos que te importa, almártaga! Rezá. Upa, rezá con yo el maunifica.

Y como en ese momento como por ensalmo disipárase la lluvia y brillara el

sol, como ya el granizo no requemaría el maizal, como ya el vendaval de su mala suerte no desharía su nido—allá lo veía como blanca paloma entre la sementera—Tránsito hinojóse y tapándose con entrambas manos la cara mprena en donde jugueteaba risa picara y en la cual vino a rielar el sol, rezó dichosa:

—Aparta señor tu ira, tu justicia y tu rigor.

LISANDRO ALVAREZ R.

Para CYRANO

LA CIEGA DEL CREPUSCULO

Espectal para CYRANO

Todas las tardes a la salida del Anfiteatro, repletos los ojos de macabras visiones y fatigado el espíritu por el espectáculo constante del dolor ajeno, descansaba la vista en la contemplación de una anciana de continente majestuoso, de ojos en blanco como las estatuas romanas y con la cabeza resplandeciente y augusta, que a la hora del crepúsculo solía apostarse en un alto balcón que da al poniente, sobre una amplia silla en la cual reposaba su caduca humanidad y en donde se quedaba largas horas ensimismada, silenciosa, hasta que el frío de la noche naciente despertaba su espíritu, y su vestidura carnal traía de nuevo a la realidad de la vida.

Siempre que la miraba me preguntaba la razón de aquel capricho, y me hacía reflexionar hondamente la constancia de su actitud en el sucederse de los días; aquella ansiedad con que clavaba las cuencas vacías en el horizonte lejano, aquel fervor sacerdotal que daba la impresión de quien asiste a un rito solemne. Si estaban cerrados a la luz sus ojos, si los matices ponentinos no decían nada a sus sentidos, y si el vuelo de las nubes fugitivas—tras de las cuales se atropellan en horas de melancolía las almas que sufren la trágica neurosis de los anhelos errantes—no hería las capas de su retina ni devolvía en el prestigio de los objetos iluminados las transformaciones de la luz, entonces ¿qué buscaba la viejecita todas las tardes en los balcones del crepúsculo?

¿Era acaso que el calorcito manso y cariñoso del último rayo solar tenía suavidades especiales para su epidermis deslustrada, y por percibir el postrer lampo exponía largas horas su cuerpo que reclamaba ya el beso he

lado de la tierra? ¿Acaso en su juventud cultivada y sensible dedicaba estas mismas horas a las meditaciones intensas, y en rincónes de soledad entablaba el íntimo diálogo de los espíritus visionarios con la naturaleza, y ahora, en su vejez oscurecida, no queriendo interrumpir la costumbre, iba todas las tardes a engañar su sensibilidad con el dulce espejismo de su remota juventud cuando sus ojos azules y profundos eran poderosos de inteligencia y de luz? ¿O es que en el fondo de las almas privilegiadas hay palacios encantados y jardines risueños que se abren tímidamente al conjuro de la tarde, y a ellos van, anhelosos de paz y de silencio, los corazones mortificados y dolidos, las almas que van por la vida con las alas rotas como gaviotas heridas después de una borrasca? Yo no sé, pero la vista de esta blanca figura de mujer que por su aire y su serena quietud me parecía una estatua arrancada de un templo de Atenas o un mármol fugitivo de la Roma cesárea, producía dentro de mí una sensación de majestad y de arrobamiento que lanzaba el pensamiento en raudas peregrinaciones.

A veces, al contemplarla más de cerca, y al ver sus órbitas tendidas como en ansia imposible hacia las cordilleras de la tarde, se llenaba de ignotas cobardías mi corazón. Entonces me volvía prestamente hacia el incendio del ocaso, y acompañaba el sol hasta su muerte como los hijos del Islam, o como en las leyendas campesinas el girasol silvestre. Luego asistía a esa maravillosa combinación de matices que desparrama en torno la luz al despedirse; y seguía ansiosamente los castillos que se alzaban a lo lejos, las babilónicas construcciones que surgían de pronto, escombros de Pompeyas derruidas, entes fabulosos en cuyas estrambóticas transformaciones alternaban desbocados centauros y ondinas vaporosas, dorsos gigantescos de ciclopes heridos, estatuas de dioses que custodiaban el espectáculo soberbio. Y después de que tenía llenos de visiones inefables los ojos impacientes y hecha un volcán la imaginación desenfundada, sentía un ansia enorme de subir hasta ese tercer piso en donde la viejecita reposaba y poseído de un hado borrascoso, pintarle con frases turbulentas el paisaje espléndido, y en seguida pedirle con humildes palabras devotas la narración de sus peregrinaciones interiores.

Pero esta tarde, a la salida del Anfiteatro, he encontrado las puertas cerradas y las cortinas corridas detrás de las vidrieras y he sentido el soplo doloroso de un presentimiento sombrío, y la curiosidad aguijoneada de mi espíritu ha golpeado rudamente contra esos herméticos balcones que miran al po-

niente y les he preguntado con insistencia por la simbólica anciana del crepúsculo.

Mas de pronto, como a impulsos de fuerzas extrañas me he vuelto al ocaso, y allá entre nubes de nécar y de rosa, envuelta en cuajarones de blancura, rodeado de columnas caídas y de largos monolitos dispersos; y entre frisos derrumbados sobre los cuales se erguían las sombras dolientes de los dioses vencidos, he visto a la viejecita silenciosa, recogida, con las órbitas enajadas de luz, recostada en su ampila silla luminosa, gozando en la plenitud de aquel crepúsculo soberbio.....

EDUARDO VASCO

En Pose MARAÑAS

La popularidad de este prototipo antioqueño sobrepasa en mucho a la de nuestros representativos, artistas y sabios, inactuales muchos de ellos, retraídos e indolentes otros. Y a fé que no nos explicamos hoy dicha popularidad en un sujeto, que en otra época y en distinto aspecto de la vida regional, simbolizó una tendencia demasiado visible en nuestro pueblo primitivo, y rudo; de allí que la carejada característica de «Marañas», con la exhibición de su bestial dentadura, constituyera un espectáculo bufonesco de gran atracción y efecto en esta villa de la Candelaria, pueblo o aldea de grandes proporciones. Hoy no sería exagerado decir que las risotadas del imbécil no pasarán de ser comunes y burguesas expresiones de satisfacción...

En cuanto a sus hazañas, tan conocidas, como aquella de su carrera de treinta kilómetros hasta lograr una herradura floja, que se desprende al término de la jornada del casco de la bestia, a la cual siguiera el paso, a ninguno pasmarían y sólo demuestran una perseverancia digna de mejor causa. Son tan frecuentes ya las jornadas de esta clase, para llegar fatigados, hasta lograr la vieja y gata herrumbre de una prebenda política...

Y ahora, sus famosos aforismos, desposeídos del todo de ese vigor filosófico que tienen muchos dichos populares, no conservan mérito alguno, y son clarines rotos que fastidian los oídos con sus huecos y molestos sonidos, que una monotonía distinguen con evidencia suma, como signos inequívocos de maladaptación y miseria intelectual: «*Más fácil se consiguen unos calzones que un saco*» y «*Medeyín pa bueno*», son frases de otras épocas, las cuales como las prendas de otra moda, hoy son cursis y ridículas, aunque sean

distintivo del pasado...

Las facultades portentosas de calculista, de que alardeaba el típico, con los corozos, hasta el punto de acertar sobre el número exacto de los habidos en un puño, y de adivinar la hora exacta que marcaba el reloj, no son dignas de tenerse en cuenta siquiera, pues, se ha podido observar con el avance de los tiempos, que tales capacidades son mera farsa farandulesca, que por desgracia poco nos divierte; por aquello de que ciertas emociones han sido relegadas al olvido con marcada injusticia y por exigencias de los tiempos, junto con los gramófonos, las exhibiciones de caimanes y las riñas de gallo etc.

Con todo esto y apesar de nuestros humos rayanos en desmedida petulancia, podemos darnos el lujo de apuntar anacronismos,

llegando nuestra audacia hasta clasificar en el número de estos a nuestro gran «Marañas» representativo auténtico de la Montaña, pero no se duela por tanto su susceptibilidad y concédanos su indulgencia V. M., como al Sancho de la leyenda, ya que intrusos sondeamos su personalidad, en la que tantos puntos de contacto hallamos con la de los más visibles jefes que se disputan el predominio nacional.

Porque ha de saberse que «Marañas» cuenta entre sus ascendentes y antepasados con una gran legión, de la cual hacen parte varios jefes de tribus y caciques que ha mucho dominaron la comarca e hicieron estremecer de pavor nuestras montañas...

LEERET

EDUARDO CASTRO.—Nuevo Director de «UNIÓN LIBERAL»

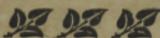


❧❧ “CYRANO” ❧❧

Revista semanal ilustrada.

DE ARTE NACIONAL

Aparece los domingos.



LITERATURA ❧ FOTOGRAFÍAS
CARICATURAS ❧ ACTUALIDAD

Suscríbese. Avise en élla.

Bertha Montoya d.



ADMINISTRACION: EDIFICIO CENTRAL.

PIEZA NUMERO 10

Frente al salón de reuniones de la S. de M. P.



Preparada con **AGUA CRISTAL**

(Esterilizada por los Rayos Ultra-Violeta)

SIEMPRE PURA
NI PIDA OTRA
PIDALA SIEMPRE

SIEMPRE IGUAL
NI ACEPTE OTRA
TOMELA SIEMPRE

“HERALDO”

Semanario de la juventud
Suscríbase Ud. Avise en él

Administración:

Parque de Bolívar

“SABADO”

Revista semanal de arte y
actualidades.

Nutrido material literario, gráfico
y artístico.

Magnífico campo de propaganda
pues circula profusamente en toda
la República.

Acaba de llegar a

LA BASTILLA

el mejor surtido de
cigarros

“PUYANA”

ESTUDIANTES

Luis Pérez T.

Dactilógrafo: Hace copias, bara-
tas. Dirigirse a la Ingeniería Muni-
cipal, teléfono Número 3 o 5